

EL TENISCA POR EL MUNDO

JUAN CAPOTE ÁLVAREZ*

En el año 2009 me desplacé a Senegal con el fin de iniciar un Proyecto de Cooperación (Ganáfrica) y no tardé en darme cuenta de la tremenda afición al fútbol que allí existía, sobre todo entre los niños del país, porque podíamos ver a grupos numerosos detrás de una pelota hecha con trapos o cualquier material que permitiera construir un sucedáneo. La chiquillería se te acercaba al coche de la misión española y, en lugar de pedirnos comida u otra cosa, pronunciaban la palabra «balón». Aquella imagen me vino a la cabeza cuando me encontré en La Pérgola, poco tiempo después, a nuestras eficientes colaboradoras vendiendo, entre otras cosas, camisetas del equipo, así que compré media docena para los pequeños de un poblado que participaba en nuestro programa de cooperación. Debido al cambio climático y a la consecuente falta de pastos, los Peul, una comunidad nómada del Sahel, se estaban asentando, y nuestro objetivo era proporcionarles instrumentos para que pudieran subsistir tras el cambio de sistema de explotación del ganado.

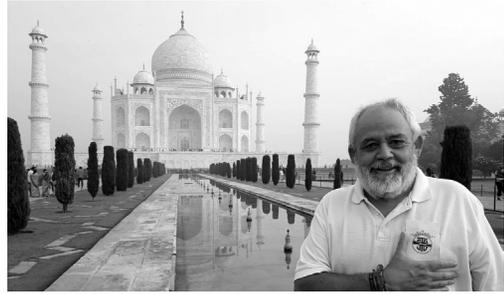
En aquel poblado, Maimuna era un elemento clave y a ella le entregué las camisetas. Parecía solo una guapa chiquilla, pero ya estaba encargada de dinamizar la aldea. Hablaba tal como se movía, lenta y elegantemente. Tardé un tiempo en comprender por qué las campesinas senegalesas, casi en su totalidad, tenían ese andar «de gacela». Lo entendí más adelante cuando un día, en esa comunidad, nos invitaron a tomar té y una adolescente fue la encargada de servirlo. Al verla balancearse cadenciosamente, con todos los abalorios en la cabeza, me di cuenta de cuál era la explicación a este fenómeno.

Maimuna fue como una debilidad para los integrantes españoles del proyecto. Y lo fue especialmente después de que supimos que era la segunda esposa de un hombre considerablemente mayor quien, junto a otros de los representantes masculinos, se sentaba a la sombra de un árbol en medio del poblado, mientras las mujeres trabajaban. Al tercer viaje ni siquiera me enfadé con ella al comprobar que uno de aquellos hombres lucía cierta camiseta de mi equipo de fútbol, la cual había llevado el año anterior para repartir entre los niños. Lo único que hice esa vez fue dirigirme a la escuela con las prendas deportivas, que de nuevo había conseguido para el viaje, gracias a nuestro amigo Julio Felipe, para entregárselas directamente a los chiquillos y hacerme una fotografía con ellos, para mayor

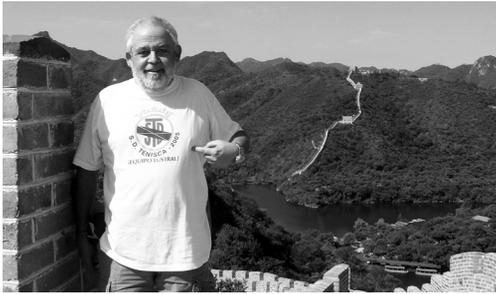
* Doctor en Veterinaria. Ex presidente de la Asociación Internacional del Caprino (IGA).



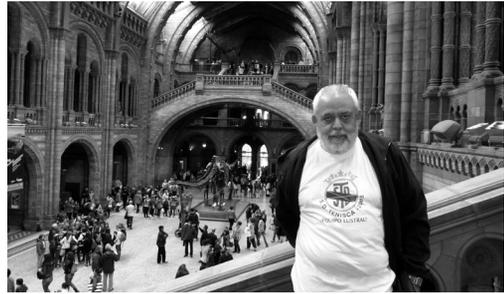
Con muchachos del Sahel



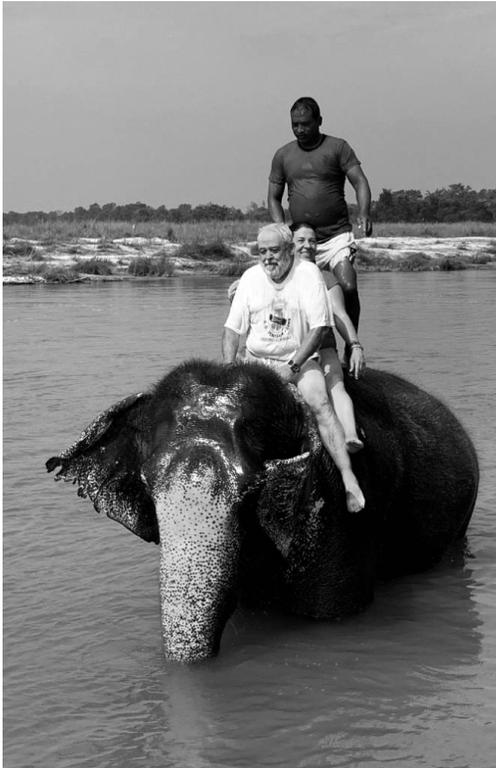
Taj Mahal



En la muralla china



Museo de Ciencias Naturles, Londres



Baño en Nepal



Don Manuel y Pancha

gloria de nuestro equipo. Allí dio comienzo mi costumbre de pasear al «gran Tenisca» por el mundo.

Desde el año de esa primer foto (2011) hasta el del inicio de la pandemia, la gloriosa camiseta ha sido expuesta en dieciséis países, siete de los cuales, como en Inglaterra, Estados Unidos o Hungría, había visitado con anterioridad. En otro, China, mis viajes se repitieron siete veces más, pero fue la primera vez cuando logré hacerme una gran foto. No tiene ningún mérito retratarse en la Muralla China, seguro que hay cientos de millones de instantáneas, pero lo que parece muy difícil es hacerse una foto en ese sitio sin que se vea a nadie en la continuación del monumento. Para eso hay que levantarse muy temprano y empezar por la parte más alejada del circuito turístico. Cuestión de experiencia y meticulosidad en la organización de periplos internacionales... o de ir acompañado de alguien que tenga esas cualidades.

Otra de las maravillas del mundo que se vio enriquecida con la presencia de nuestro escudo fue el Taj Mahal. El amanecer en este lugar, si lo puedes observar frente al edificio principal, justo donde me tomaron la foto, es todo un extraordinario espectáculo en el que el túmulo va pasando de un color blanquecino a otro de tono más azulado, mientras se refleja, cada vez con más intensidad, en el estanque que te guía desde la puerta hasta esa tumba diseñada para alojar los restos de la querida esposa del rey. Existe la creencia de que ella era una bella joven y, de acuerdo con los datos históricos y la representación pictórica que se puede contemplar en el museo existente dentro del amplio recinto, el adjetivo sobre su belleza está más que justificado. No tanto lo de joven, puesto que murió en el parto de su decimocuarto hijo, y además tardó cinco años en casarse con el rey, después de que éste sucumbiera a sus encantos cuando la vio por primera vez.

No obstante, hay otra faceta a destacar cuando se visita el Taj Mahal: la gente que allí concurre lo hace consciente de que se encuentra ante uno de los edificios más bellos del mundo. Miles de ciudadanos indios, junto a un buen número de extranjeros, se acercan ansiosos por fotografiarse de las más variadas formas y, como no podía ser menos, en mi caso con nuestro mítico escudo. En su ánimo por identificarse con el entorno, algunas turistas llegan orgullosas vistiendo un «sari» hindú, sin caer en la cuenta de que aquella tumba es la de una musulmana. Probablemente tampoco sabrían la razón por la que su marido está enterrado junto a ella, rompiendo la simetría en el interior de aquel bello edificio. Él hubiera querido que, al otro lado del río, se construyera su última morada usando como material básico el mármol negro, y así poder conectar los dos monumentos con un puente de oro que simbolizara la eternidad y fuerza que los unía. Desgraciadamente para las generaciones futuras, pero por fortuna para los numerosos esclavos que habrían dejado allí la piel, su hijo lo desplazó violentamente del trono, costumbre bastante frecuente hasta nuestros días en algunas sociedades orientales, y el ex rey acabó recluido en el fuerte de Agra hasta el final de sus días. Desde allí podía ver la tumba de su amada en la lejanía y se dice que, cuando en sus últimos momentos estaba postrado en la cama, frente a él tenía un espejo el cual reflejaba la belleza del edificio donde yacía el amor que había dado sentido a su vida, entre los materiales más finos traídos desde lugares lejanos.

No siempre los personajes que se encuentran en los viajes, y con los que te fotografías luciendo el emblemático escudo, pertenecen a nuestra misma especie. Y eso hizo que en dos ocasiones me ataviara, por segunda vez, con nuestra camisa para una imagen te-

nisquista. Una de ellas fue en Nepal donde con anterioridad me habían sacado una foto en un templo budista de Katmandú. El caso es que justo después de visitar el Parque Nacional de Chitwan, para intentar observar tigres y rinocerontes, teníamos programado un baño en el río, donde muy poco antes habíamos visto varios cocodrilos, montando a un elefante y no quise desaprovechar la oportunidad para lucir nuestro emblemático escudo. Prácticamente todos los que estaban en ese juego eran jóvenes nativos y quizás por eso el conductor de paquidermo lo hizo emerger del agua con más premura de lo que yo había visto con anterioridad. Tuve que tirar de mis decrepitos recursos de viejo jinete para no hacer un absoluto ridículo.

En las Galápagos volví a fotografiarme por segunda vez y también con otro animal. Ya nuestro emblema había sido captado con lo más representativo de las islas: la tortuga gigante. Como todos sabemos, ese archipiélago es una de las grandes maravillas de la naturaleza, donde Darwin hizo parte de sus investigaciones. Lo más que nos sorprendió fue la cercanía existente entre los seres humanos y la vida salvaje. Saliendo de la cesta de un supermercado te podías encontrar una iguana, o acercarte a cinco pasos de una garza real, cuando aquí a menos de cincuenta ya emprenden el vuelo. Con mucha facilidad se puede observar una manta saltando sobre el mar, o múltiples jóvenes tiburones depredando junto al pequeño muelle donde atracan los barcos-taxis. Eso por no hablar de las diferentes especies de tortugas gigantes, a cuyos especímenes es fácil encontrar mientras emiten sonidos guturales, cuando copulan durante una hora.

Uno se va llenando de sensaciones sin necesidad de alejarse de Santa Cruz, nombre de la capital que coincide con el de la nuestra. En esa pequeña ciudad, junto a la bahía, puede verse a un piquero de patas azules abalanzándose sobre el mar para clavarse y salir al momento con una presa en el buche. Lo increíble es que, vistas desde abajo, sus alas parecen azules, probablemente a causa de los reflejos marinos lo que le permiten camuflarse antes de la siguiente picada.

Entre los seres más entrañables de las islas están los leones marinos. Uno de ellos, aún no adulto, entraba todas las noches en el pequeño varadero ubicado junto al restaurante que más visitábamos. Lo primero que hacía era acorrallar al reducido banco de sardinitas, inquilinas habituales de aquel espacio. Después procedía a capturar un buen número de ellas, mientras una garza de las lavas y un pelícano se encargaban de las incautas que se acercaban a la orilla.

A estas focas las podías encontrar en los lugares más insospechados. Fue posible nadar con ellas junto al criadero ubicado en una playa cercana. Por suerte, sólo después de regresar al barco me enteré de que por allí merodeaban, de cuando en cuando, tiburones al acecho de crías, aunque a veces tenían que salir escopeteados cuando los machos adultos de foca «los corrían». En los muelles, estos simpáticos animales (me refiero a las focas, no a los tiburones) campaban a su antojo. Era normal verlos tendidos en los bancos, a cuanto su cuerpo daba, o manteniendo sus discrepancias específicas, hasta que alguno se tiraba al mar.

Situados en la bahía de los Pelícanos se encontraban el pequeño amarradero de los pescadores y el mercado donde estos vendían sus productos. Aquello estaba plagado de iguanas, garzas, pelícanos y, cómo no, lobos marinos que compartían asiento con perso-

El Tenisca por el mundo



Reichstag, Alemania



Coliseo de Roma



Noruega. Círculo Polar



Congreso en Turquía

nas de la tercera edad. Allí conocimos a D. Manuel, un pescador de langostas todavía activo a sus setenta años. Aparte de contarnos los pormenores de su actividad pesquera, a varios metros de profundidad unido al generador de aire mediante un largo tubo, nos explicó la historia de *Pancha*, una foca que tuvimos la oportunidad de observar en la pescadería. Al momento me vino a la cabeza el recuerdo de nuestra Gran Dama y no me equivoqué. Allí, junto al mar, los hombres arreglaban el pescado y las mujeres lo vendían en un mostrador sin cadena de frío. Detrás de ellas, como si fuera una más, estaba la loba impasible esperando a que le cayera una cabeza o una energética piel, para ingerirla de inmediato y volver a su posición de sesudo cancerbero en una tanda de penaltis. Era muy apreciada por el personal, entre el que se movía con naturalidad sin causar ninguna molestia. Alrededor de ella se apilaban cajas repletas de pescado a las que jamás se acercó para agenciarse uno.

No era ese el caso de *el Guayaco*, otro lobo llamado así en referencia a los habitantes de Guayaquil, que no poseían precisamente buena fama en el archipiélago. Éste tenía por costumbre asaltar las cajas, coger un pez y tirarlo al agua, para lanzarse en su busca después. *El Guayaco* un buen día desapareció sin dejar rastro. D. Manuel dudaba de que fuera por propia decisión.

Siempre he pretendido hacerme fotos en lugares emblemáticos de cada país, como el Reichstag en Berlín, el Coliseo en Roma o el Museo de Ciencias Naturales en Londres, aunque algunas veces he tenido que contentarme con lo más a mano: una antigua estación ferroviaria en Hungría, unos granjeros indios en Querétaro, un río en Rumanía o una zona de repoblación en la isla de Santo Antão. El caso más extremo fue en la sede de un congreso en Antalia. Cualquiera salía a pasear por un país, Turquía, en plena efervescencia terrorista y justo tras un golpe de estado...

La pena que me queda es no haber comenzado esta actividad desde que realicé mi primer viaje al extranjero, hace casi cuatro décadas. Nuestro escudo podría haber brillado en La Pampa argentina, en los campos de *Don Eliseo* (como diría Pepe Monagas), en Los Andes chilenos, en las playas brasileñas, en la jungla sudafricana y así hasta en treinta y cuatro países. En fin, todo no puede ser. Solo me queda esperar a que alguien continúe con esta labor y que algún día podamos decir que nuestro insigne equipo se ha paseado por todo el mundo.